

CAPITULO IV.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DÁMASO (24 de setiembre de 366-11 de diciembre de 384).

1. Antipapa Ursino. — 2. Arrianismo en Oriente bajo el imperio de Valente. — 3. Basilio de Cesarea y el prefecto Modesto. Muerte de san Atanasio en Alejandria. — 4. San Martin, obispo de Tours. Eleccion de san Ambrosio al obispado. 5. San Optato, obispo de Mileva. Principios de san Jerónimo. — 6. Graciano llama al imperio de Oriente á Teodosio el Grande. Muerte de san Basilio Magno. — 7. San Gregorio Nacianceno es llamado al gobierno de la iglesia de Constantinopla. Cisma de Máximo en Constantinopla. — 8. Concilio de Constantinopla. Muerte de san Melecio. Motines con este motivo. Retiro de san Gregorio Nacianceno. Derechos de los diversos patriarcados. — 9. Prisciliano : su herejía condenada en el concilio de Zaragoza. Muerte de san Dámaso.

§ II. PONTIFICADO DE SAN SIRICIO (1º de enero de 385-25 de noviembre de 398).

40. Decretal de san Siricio á Himerio, obispo de Tarragona. — 41. Persecucion de la emperatriz Justina contra san Ambrosio, en Milan. Embajada de san Ambrosio al usurpador Máximo. — 42. Motin en Antioquia. San Flaviano. San Juan Crisóstomo. Clemencia de Teodosio. — 43. Matanza de Tesalónica. Penitencia de Teodosio. Masalinos. Muerte de Teodosio el Grande. Muerte de san Ambrosio. — 44. Conversion de san Agustin. — 45. Retiro de san Jerónimo á Belen. San Martin de Tours. San Paulino de Nola. San Delfin y san Amando de Burdeos. Santa Victricia en Ruan. San Sulpicio Severo. — 46. San Juan Crisóstomo es elegido para la silla de Constantinopla. Sinesio. Muerte de san Siricio.

§ III. PONTIFICADO DE SAN ANASTASIO I (26 de noviembre de 398-27 de abril de 402).

47. Cartas ó letras dimisoriales. Primer concilio de Toledo. — 48. Desgracia de Eutropio. Contienda entre san Jerónimo y el presbítero Rufino. — 49. Muerte de san Martin, obispo de Tours. Muerte de san Anastasio I.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DÁMASO (24 de setiembre de 366-11 de diciembre de 384).

1. San Dámaso I, nacido en Guimaraens, en Portugal, pero educado y residente en Roma desde su infancia, fué elegido para suceder á Liberio el 24 de setiembre de 366. Habia pasado sucesivamente por todos los ministerios inferiores de la jerarquía, y se habia hecho notar por sus virtudes y talentos.

Su elevacion al pontificado supremo hizo resaltar mas sus cualidades eminentes. Versado profundamente en las Escrituras, y autor de obras excelentes, supo dar impulso poderoso al estudio de las ciencias sagradas. La confianza que depositó en san Jerónimo le valió á la Iglesia latina la traduccion de las Escrituras conocida bajo el título de la *Vulgata*. No le distraia de los grandes deberes del pontificado supremo la atencion y celo en promover los trabajos de los doctores. El Oriente, muy dividido bajo el mando de Valente, halló en Dámaso un sosten, un apoyo, un centro de unidad. Dios reservó á san Dámaso el gozo de ver al arrianismo, vencedor tan largo tiempo, abatido por la autoridad del gran Teodosio. Sin embargo no le faltaron al santo papa muchos combates. Apenas estaba sentado en el trono pontifical, cuando un antipapa, Ursino, diácono de la Iglesia romana, elegido por algunos intrigantes, quiso disputarle su autoridad suprema. El pueblo tomó parte en el cisma : vinieron á las manos, y el antipapa quiso apelar á las armas para validar una ordenacion hecha contra todas las reglas de la Iglesia. Pero estaba por Dámaso la inmensa mayoría, y el usurpador se vió abandonado muy pronto. Protegido á veces por Valente, y desterrado y castigado otras por Teodosio en Colonia, Ursino no continuó menos su cisma durante toda la vida de san Dámaso ; pero su impotente oposicion no impidió el que todo el católico universo reconociese unánimemente la autoridad del Pontífice legítimo.

2. Todo el Oriente volvia sus miradas hácia el jefe supremo de la catolicidad. Valente acababa de recibir el bautismo de manos de Eudoxio de Constantinopla, cabeza de los Arrianos, en 367. Vetranion, obispo de Tomi, capital de la Escitia romana, en la embocadura del Danubio, fué desterrado por su constancia católica. San Evagrio, prelado católico, elegido en 370 para suceder á Eudoxio, padeció igualmente el destierro. Ochenta eclesiásticos, enviados por los obispos católicos del Oriente quejándose de estas violencias, habian sido ahogados en el golfo de Nicomedia por Modesto, prefecto de Constantinopla. Desde el año 367 el prefecto de Alejandria habia hecho

invadir la iglesia principal, donde residía ordinariamente san Atanasio, con intencion de apoderarse de su persona; mas el patriarca previendo la tempestad, se mantuvo oculto cuatro meses en el sepulcro de su padre, solo asilo que le quedaba. El pueblo de Alejandría reclamó á su pastor con tanta instancia, que Valente teniendo mayores desórdenes permitió á san Atanasio presentarse libremente en Alejandría. Este príncipe se constituia sucesor de Constancio en su odio contra el catolicismo; pero habia cambiado ya felizmente el espíritu del Oriente; y el arrianismo, reducido á un escaso número de obstinados, habia perdido su influencia en la opinion. La mayoría de los obispos orientales ansiaba por la unidad de fe que de tanta paz hacia gozar al Occidente bajo el gobierno del obispo de Roma [y la proteccion del católico emperador Valentiniano]. Este movimiento de conversion al catolicismo se pronunció muy pronto con mayor energía, cuando se halló representado por un jefe hábil, persuasivo, cuya santidad respetaban todos los partidos. Este jefe era san Basilio, que en 370 acababa de ser elegido, por los obispos y por los fieles, metropolitano de Cesarea. Apenas subió al trono de esta iglesia, cuando en nombre de todos los Orientales dirigió al papa Dámaso y á los obispos de Occidente una carta implorando su intervencion por el restablecimiento de la paz en la Iglesia.

« ¡Qué lamentos igualarán nuestras calamidades! decia. ¡Qué
 » torrentes de lágrimas bastarán para llorar tantos males!
 » Apresuraos pues, nuestros verdaderos hermanos, mientras
 » que aun queda un vestigio de lo que fué antes; y socorred-
 » nos pronto, antes que no naufraguen completamente las
 » iglesias. Tended la mano á quienes os suplican arrodia-
 » llados. » La solicitud de san Dámaso no necesitaba del estímulo de estas elocuentes quejas. Ya en el año anterior (369), habia reunido en Roma un concilio, en el cual despues de haber condenado al antipapa Ursino, se habia tomado en seria consideracion el estado de las Iglesias de Oriente. Fueron anatematizados los cabezas del partido arriano: y se adoptó el término *hipóstasis* para expresar las Personas de la Trinidad.

Pasando en seguida á una cuestion particular, el papa examinó un célebre debate de la iglesia de Antioquía que tenia en suspenso todos los ánimos. Tres obispos, el arriano Euzoyo, Paulino y san Melecio, ambos católicos, ejercian á la vez autoridad en esta metrópoli. El primero, excluido largo tiempo habia de la comunión católica, no merecia atencion alguna; pero era mas difícil el decidir la cuestion relativa á los dos obispos ortodoxos, ambos elegidos en circunstancias extraordinarias, en medio de la persecucion, y ejerciendo de buena fe su autoridad sobre la parte de poblacion que les estaba fielmente sometida. San Basilio y san Atanasio parecian haberse inclinado por san Melecio; por otra parte, el papa Dámaso no creia ilegítima la ordenacion de Paulino. En la imposibilidad de optar entre dos obispos igualmente recomendables sin exponer parte de la poblacion de Antioquía á un cisma, san Dámaso decidió que Paulino y Melecio gobernasen simultáneamente la iglesia de Antioquía con la cláusula formal de que á la muerte de uno de ellos, el sobreviviente quedaria solo obispo. Esta decision fué aplaudida por todo el Oriente. Otra discusion se movió respecto de la ortodoxia de Marcelo de Ancira. Se acusaba á este obispo de atacar la eternidad del Hijo de Dios, diciendo que no era antes de salir del Padre, y que no subsistia ya despues de haber vuelto á él. San Basilio escribió acerca de esto á san Atanasio para quedar mas enterado por su conducto de los verdaderos sentimientos de Marcelo. Este por su lado envió al patriarca de Alejandría una diputacion protestando su aceptacion del símbolo y de la fe de Nicea, en términos que no permiten dudar de la ortodoxia de Marcelo, que murió en este mismo año 370.

3. Apenas llegaron al Oriente las instrucciones del papa, san Basilio las hizo recibir en muchos concilios particulares, en que se proclamó, como fe de la Iglesia, el símbolo de Nicea. Sin embargo, Valente, furioso de la tan notoria conversion á la doctrina de Roma, vino en persona á Cesarea y dió orden á Modesto, subprefecto del pretorio, de hacer apostatar á san Basilio á toda costa. Modesto mandó comparecer al santo obispo

y le amenazó, si se resistía á la intimacion imperial, de emplear contra él todos los medios de rigor, confiscacion de bienes, destierro, tormentos, la muerte. « ¡Confiscacion de mis bienes! respondió el santo; yo no poseo sino estos andrajos que me cubren y algunos libros que son mi vida toda. No es posible desterrarme, porque la tierra entera es patria de los hijos de Dios. Podeis atormentar mi cuerpo, que es mi mayor enemigo. No temo la muerte, porque cabalmente me reunirá mas pronto á mi Dios. » Modesto, admirado de esta entereza exclamó: « Nadie me ha hablado aun así. — Es porque probablemente no habréis encontrado á un obispo. » Valente mismo admiró tan valiente respuesta y suspendió por algun tiempo sus proyectos de venganza. Y aun hasta quiso asistir públicamente el día de la Epifanía de 372 á los divinos oficios celebrados por Basilio; pero los Arrianos lograron borrar del espíritu del príncipe estas impresiones favorables, y le presentaron para la firma una orden de destierro contra el santo arzobispo. La caña de que en aquel tiempo se valian para escribir sobre tabletas, se rompió hasta tres veces en la mano de Valente, que se rehusó finalmente á prestarse á este acto de iniquidad. Mas no podia quedar satisfecho el odio de los Arrianos; así es que bajo un pretexto falso, hicieron comparecer á san Basilio ante el tribunal del gobernador de la provincia, llamado Eusebio, tío de la emperatriz Domnina, y arriano como esta. Eusebio mandó castigar al santo y rasgarlo con uñas de hierro. San Basilio, se contentó con decirle: « Si quisieseis arrancarme el hígado me hariais gran favor, porque ya veis cuánto me incomoda. » (El santo padecía en efecto mucho de él.) Sin embargo el pueblo de Cesarea, al ruido de lo que pasaba, acudió para librar á su obispo; y una muchedumbre de pueblo buscaba furiosamente al gobernador para descuartizarlo; por manera que san Basilio tuvo que cubrirlo con su manto, y llevarlo sano y salvo á palacio. Continuaba Valente su sistema persecutor contra los obispos ortodoxos. San Melecio, uno de los obispos católicos de Antioquia, fué desterrado á la Armenia. San Eusebio

de Samosata, san Barses, obispo de Edesa, tuvieron igual suerte: llegaron á su colmo la confusion y el desorden en las iglesias desconsoladas y privadas de sus pastores. Hasta los religiosos mismos se veian obligados á dejar su soledad para ir á evangelizar á los pueblos. Encontró Valente cierto dia en Antioquia al monje san Afraate, al que le echó en cara abandonar su monasterio por venir al mundo. « Señor, le respondió el valeroso anciano, si yo fuera una doncella, viviendo en casa mi padre y que viese que le ponian fuego, ¿qué haria yo? Vos encendeis la casa de Dios, y volamos para apagarlo. » San Sabas, famoso solitario del Osroene, habia hecho lo mismo y habia ido á Antioquia para confirmar á los fieles, con sus sermones, milagros y virtudes, en la fe de Nicea. El mas ilustre defensor de esta fe, el intrépido atleta que despues de cuarenta y cinco años de episcopado, siempre perseguido, jamás vencido, habia combatido tanto por ella, que tanto la habia sostenido con su pluma, su voz, ejemplo y virtudes, san Atanasio, moria en paz en Alejandria en medio de su pueblo fiel en 373. Sus obras, escritas en medio de sus persecuciones, en un destierro, en un desierto, en las cuevas, en los escondrijos inaccesibles que le proporcionaban sus fieles y su indutria, y hasta en el sepulcro de su padre, son uno de los monumentos mas preciosos de la Iglesia griega. A ruego de los Alejandrinos habia asignado para sucederle á Pedro, sacerdote de su clero. Apenas se hubo consagrado el nuevo patriarca, cuando le llegó una orden de destierro por Valente (373). — Toda la solicitud y miradas del afligido Oriente se fijaban sobre san Basilio: su increíble actividad acudia á todo. Sus cartas reanimaban el celo de los fieles tibios, esforzaban á los confesores, y mantenian por todas partes el fuego sagrado. Hacia ordenar obispos para las ciudades que los perdian; respondia á todas las dificultades, se multiplicaba segun las necesidades, confundia á los herejes, y á pesar de las calumnias de los Arrianos, se hacia admirar y respetar del mismo Valente. Sin embargo, el peso de tantos negocios le hizo conocer la necesidad de tener á su lado otro como él,

que partiera con él la responsabilidad. Ordenó pues obispo de Sazimo, pequeña ciudad de la provincia de Cesarea, á su amigo san Gregorio. Este se resistió largo tiempo, pero al fin inclinó su cabeza, mas que su corazón, como lo dice él mismo, é hizo á la amistad el sacrificio de una soledad estudiosa y pacífica por aceptar la pesada carga del episcopado. Desde entonces ambos amigos se compartían la solicitud de la Iglesia de Oriente. Basilio conservó su actitud heroica á la faz de los Arrianos: Gregorio se encargó de vigilar mas particularmente y combatir á los *Pneumatómacos* ó Macedonianos. Hacia este tiempo les agregó la Providencia un ilustre colaborador en la persona de san Epifanio, que desde el año 367 era arzobispo de Salamina, metrópoli de toda la isla de Chipre. Este nuevo doctor de la Iglesia griega, nacido en la Palestina hácia el año 310, entraba en la lid, despues de una juventud laboriosamente pasada en el estudio y prácticas de la vida monástica. Educado por san Hilarion, discípulo de san Antonio, sabia á fondo el hebreo, egipcio, siríaco, griego y latin. Su primera obra fué una refutacion completa del arrianismo que intituló el *Ancorato*, porque estaba destinada, como una áncoa de salvacion, á fortalecer los espíritus agitados por las sufielzas, dudas y objeciones hechas desde un siglo hacia contra la verdad católica. Mas pronto siguió á esta obra su *Tratado capital* contra todas las herejías: cuenta ochenta hasta su tiempo, y á todas opone la inmutabilidad y la tradicion apostólica de la fe.

4. La Iglesia latina rivalizaba en fecundidad con el Oriente, y producía abundante cosecha de hombres grandes. El discípulo de san Hilario de Poitiers, san Martín, subía á la silla episcopal de Tours en 372. La vida de este ilustre obispo de las Galias fué una no interrumpida serie de milagros: su santidad le merecía el respeto de las muchedumbres, y obligaba á los emperadores mismos á que le admirasen. Consagró todos sus esfuerzos á borrar los últimos restos del paganismo de las Galias. Es sabido el prodigio del árbol sagrado, cortado por orden suya. Los paganos habían atado al santo del lado que se caía;

por inaudito prodigio, en el momento de su caída el árbol se echó por sí mismo del lado opuesto, y estuvo á pique de matar á los paganos que se creían mas seguros. En medio de los trabajos de su vida, se había fabricado al pié de una roca al borde del rio Loira, á cierta distancia de su ciudad episcopal, un monasterio donde reunió ochenta discípulos, con los cuales practicaba las austeridades de los ascetas. Tal fué el origen de la abadía de Marmoutiers en las Galias. — Hácia el mismo tiempo, en 374, Ambrosio, gobernador de Milan y simple catecúmeno, era elegido obispo de esta ciudad á pesar de su pertinaz resistencia. Muy lejos de ir en busca de los honores del obispado, los Padres de la Iglesia llegaban hasta calumniarse á sí mismos para esquivarlos: á tal punto que el concilio de Valencia en las Galias, celebrado en este mismo año, se vió obligado á decretar un cánón especial contra los que se acusaban falsamente de delitos por inhabilitarse para la ordenacion. Valentiniano, sabiendo la eleccion de san Ambrosio, respondió á los que se la notificaron: « Estoy muy encantado de que » hayan elegido obispo al que envié como juez. » El nombre de Ambrosio, la fama de sus virtudes, caridad, desinterés y elocuencia llenaron muy pronto el Oriente y Occidente. Se contaba de él que en su niñez un enjambre de abejas había depositado un panalito en sus labios, tan seductora y suave era la persuasion de su palabra. El gobernador, vuelto obispo, distribuyó sus bienes entre los pobres, se aplicó al estudio de las sagradas Letras y de los Padres de la Iglesia, se puso en íntima relacion con san Basilio, al que profesaba la mas cordial admiracion y respeto. Se esmeró sobre todo en borrar de su iglesia todas las huellas de arrianismo que había impreso allí la permanencia de Auxencio, su antecesor, cuya fe, justamente sospechosa á san Dámaso, había sido condenada en el concilio romano de 371. Valentiniano manifestó á san Ambrosio una ilimitada confianza. Cierta dia le pedía el obispo justicia por un acto inicuo cometido por uno de los magistrados en perjuicio de la iglesia de Milan; el emperador le respondió: « Hace » mucho conozco la franqueza enérgica de vuestro lenguaje, y